

## PRIMERA PARTE



Recuerdo que le tenía dicho que se pusiera el gorro con el frío, que se le iban a congelar las orejas.

— ¡Mira cuánta gente va por ahí sin orejas!

No me decía que no, ¡pero nada! No había forma de que se lo pusiera, nunca me obedecía. Le hacía gracia mi broma pero seguía sin ponérselo. Esa es la imagen que me ha venido de repente a la memoria, aunque no logro averiguar de quién se trata.

O, por ejemplo, recuerdo también ahora un escándalo, horroroso y enervante. No me queda claro dónde tuvo lugar. Recuerdo que me daba pena, que habíamos empezado hablándonos bien, puede decirse que, incluso, con cariño, y poco después nos fuimos enfadando. Lo principal era que nosotros mismos nos quedamos sorprendidos después, sin saber el motivo de ese escándalo.

Alguien comentó que eso suele pasar en las comidas de exequias: durante una hora y media se ponen a hablar de lo buena persona que era el difunto, y entonces alguno de los asistentes recuerda que no había sido tan bueno. De repente, como si se hubiera dado una orden, otros empiezan a contar y a añadir cosas, y poco a poco llegan a la conclusión de que realmente había sido todo un canalla.

O lo que también recuerdo que parecía un verdadero esperpento, es cómo a uno le golpean en la cabeza con un trozo de salchichón, sale rodando por el suelo sin poder pararse y de tantos giros termina mareado...

La cabeza me da vueltas. Estoy tumbado en la cama.

¿Pero dónde estoy?

Se oyen unos pasos. En la habitación entra un desconocido con una bata blanca. Se detiene un rato y, poniéndose la mano en los labios, me mira fijamente —por la puerta entreabierta aparece otra cabeza—. Yo también me quedo mirándolo, casi sin abrir los ojos bajo unas tupidas pestañas temblorosas.

— ¿Está despierto?

Entonces abrí los ojos. Tras acercarse a mi cama, el desconocido me extendió la mano.

— Soy Geiger. Su médico.

Saqué la mano derecha de debajo de la manta y sentí su cauteloso apretón de manos. Así se estrecha la mano cuando se teme que pueden romperla. Giró la cabeza un instante y la puerta se cerró de un portazo. Sin soltar mi mano, Geiger se inclinó hacia mí y me dijo:

— Y usted es Innokenti Petróvich Platónov, ¿verdad?

No podía confirmarlo. Así que pensé que, si hablaba así, es porque tenía base para hacerlo. Innokenti Petróvich... Sin decir nada, escondí la mano de nuevo debajo de la manta.

— ¿Es que no se acuerda de nada? —preguntó Geiger.

Hice un movimiento de negación con la cabeza. Innokenti Petróvich Platónov. La verdad es que sonaba respetable. Incluso quizá un poco histriónico.

— ¿Recuerda cómo me he acercado a la cama y cómo me he presentado?

¿Por qué se estará comportando así conmigo? ¿O es que de verdad estoy mal? Haciendo una pausa, le respondo con voz quejumbrosa:

— Sí, me acuerdo.

— ¿Y lo que pasó antes de eso?

Sentí cómo me ahogaban las lágrimas hasta que, por fin, se me saltaron y rompí a llorar. Tras coger de la mesita de noche una servilleta, Geiger me secó la cara.

— ¡Pero, hombre! ¡Innokenti Petróvich! En este mundo existen tan pocas cosas que merezca la pena recordar, y usted ahora se preocupa por esto.

— ¿Cree que recuperaré la memoria?

— Me encantaría que así fuera. Este es el típico caso en que probablemente no se pueda asegurar nada.

Me puso el termómetro.

— Intente recordar algo más, en estos casos es muy importante que uno se esfuerce. Es preciso que sea usted mismo quien recuerde todo.

Veo los pelillos en la nariz de Geiger y, en su barbilla, cortes de haberse afeitado.

Se me queda mirando tranquilamente con su amplia frente, su recta nariz y sus lentes, como si fuera un dibujo. Hay caras tan especiales que parece que alguien se las ha inventado.

— ¿Es que he sufrido un accidente?

— Bueno, puede decirse que sí.

Con la trampilla de la ventana abierta, el aire de la habitación se funde con el ambiente invernal del otro lado de la ventana. Se hace espeso, se vuelve trémulo y se difumina, y al atardecer el marco de la ventana se confunde con el tronco del árbol de la calle; esto ya lo he visto yo en alguna parte. Recuerdo también los copos entrando en la habitación. Derritiéndose antes de llegar al alféizar de la ventana... ¿Pero dónde fue todo eso?

— No me acuerdo de nada. Solo de algunas cosas insignificantes como, por ejemplo, de los copos en la trampilla de la ventana de un hospital o del frío cristal al rozarlo con la frente. Pero no recuerdo ninguna cosa importante.

— Yo podría, por supuesto, recordarle algo de lo que pasó, pero su vida entera, con todos los detalles, es imposible contársela. De su vida sé solo cosas triviales como dónde vivía, quiénes eran sus ami-

gos. Pero desconozco cómo pensaba y cómo sentía con anterioridad.  
¿Me entiende?

Me quitó de la axila el termómetro.

— 38,5. Está un poco alta.

## *Lunes*

Ayer no sabía en qué tiempo vivía, pero hoy ya sé que es lunes. Geiger me trajo un lápiz y un cuaderno grueso; se marchó y volvió con un soporte para escribir.

— Apunte todo lo que haya ocurrido durante el día y todo lo que recuerde del pasado. Ese diario es para mí. Así veré a qué velocidad vamos progresando.

— Por ahora, todo lo que recuerdo parece que está relacionado con usted. Es decir, ¿entonces tengo que escribir sobre usted?

— *Abgemacht*<sup>1</sup>. Descríbame y evalúeme desde todos los puntos de vista, y mi humilde persona tirará de otros hilos de su conciencia. Iremos ampliando progresivamente nuestro círculo de comunicación.

Geiger puso sobre mi vientre el soporte, que se levantaba tristemente con cada respiración mía, como si él mismo respirara. Geiger me lo ajustó, abrió el cuaderno y me puso el lápiz entre los dedos, lo que, a decir verdad, me pareció ya excesivo. Aunque estoy enfermo —eso sí, me pregunto de qué—, las manos y los pies aún los puedo mover. ¿Aunque qué puedo apuntar si no pasa nada ni tampoco recuerdo nada?

El cuaderno es enorme, habría como para escribir una novela. El lápiz gira entre mis dedos.

---

<sup>1</sup> N.A.: De acuerdo (*al.*).

— Doctor, ¿pero qué es lo que tengo exactamente? ¿Me voy a morir? ¿Qué día del mes es hoy?

Se calla. Y yo también me callo. ¿Habré hecho alguna pregunta inoportuna?

— Vamos a hacer lo siguiente —dice, por fin, Geiger.

— Usted va a indicar solo los días de la semana. Y así nos será más fácil situarlo en el tiempo.

Geiger es todo una incógnita. Le respondo:

— *Abgemacht.*

Se echa a reír.

Hoy me he puesto y he escrito todo lo de ayer y lo de hoy.

## *Martes*

Hoy he conocido a la enfermera Valentina. Es una mujer esbelta y parca en palabras.

Cuando entró, me hice el dormido —¡ya se ha convertido en una costumbre!—. Después abrí un ojo y le pregunté:

— ¿Cómo se llama?

— Valentina. El médico ha dicho que usted necesita tranquilidad.

No me respondió al resto de preguntas. Estaba secando el suelo con una fregona, de espaldas a mí, con un ritmo solemne. Cuando se inclinaba para aclarar el trapo en el cubo, debajo de su bata blanca se trasparentaba su ropa interior. ¡Qué tranquilidad puede tener uno así...!

Estoy de broma. La verdad es que no tengo fuerzas para nada. Por la mañana me tomé la temperatura: 38,7. Geiger está preocupado.

Y lo que a mí me preocupa es que no logro diferenciar los recuerdos de los sueños.

Las impresiones de esta noche fueron ambiguas. Recuerdo que estoy en casa, en la cama con fiebre por un resfriado. Siento la mano fría de mi abuela con el termómetro. Al otro lado de la ventana, la ventisca de nieve está borrando el camino al instituto, al que hoy no había podido ir. El maestro habrá pasado lista a los alumnos y cuando haya llegado a la “P”, (me imagino perfectamente su dedo lleno de tiza desliziéndose por el cuaderno de notas) habrá llamado a Platónov.

Platónov no está —dirá el delegado de curso—. Se ha quedado en su casa enfermo con un resfriado y seguramente le estarán leyendo “Robinson Crusoe”. En su casa quizá se esté oyendo el reloj de pared. Su abuela —continuará diciendo el delegado—, se pondrá sus lentes y sus ojos se verán grandes y saltones a través de los cristales. Un cuadro muy expresivo —afirmará el maestro—, lo vamos a llamar apoteosis de la lectura. Los alumnos se ríen.

Lo que pasó —dice el delegado— se puede resumir de la siguiente forma. Un joven frívolo inicia un viaje por el mar y naufraga. Llega a una isla desierta, donde se queda sin medios de subsistencia y, lo que es más importante aún, sin gente. No hay ni un alma. Si desde el principio hubiera tenido más cuidado... No sé cómo expresarlo para no caer en un tono didáctico. Como la parábola del hijo pródigo.

En la pizarra del aula —como restos de la clase de aritmética de ayer— queda una ecuación; el suelo de madera conserva la humedad de la limpieza de la mañana. El maestro se imagina con claridad el chapoteo de Robinson en su intento de llegar a la orilla, apoyándose para describir el desastre en su verdadero alcance en el cuadro “La novena ola” de Aivazóvski<sup>2</sup>. El silencio del emocionado maestro no es interrumpido por ninguna exclamación. Tras el doble acrista-

---

<sup>2</sup> N.T.: Iván Konstantínovich Aivazóvski (1817-1900). Pintor romántico ruso. Se le considera uno de los mejores pintores de marinas de la historia.

lamiento de la ventana apenas se oyen las ruedas de los carruajes que pasan por la calle.

Yo mismo solía leer “Robinson Crusoe”, pero cuando uno está enfermo, no tiene muchas ganas de leer. Te duelen los ojos y los renglones empiezan a bailar. En cambio, no pierdo de vista los labios de la abuela. Antes de pasar la página, se lleva el dedo a la boca. Entre las hojas del libro, a veces aparecen migajas del panecillo que se había comido. Una vez restablecido, me pongo a hojear con mucho cuidado la parte leída y quito de entre las hojas los trocitos de pan secos y aplastados.

— Recuerdo muchos lugares y personas diferentes —le dije emocionado a Geiger—. Recuerdo también algunas palabras. Pero, que me maten, si recuerdo exactamente quién dijo cada cosa y dónde.

Geiger está tranquilo porque espera que todo esto pase. No lo considera relevante.

Quizá no lo sea realmente. ¿Tal vez sea importante solo el hecho de que las palabras fueran pronunciadas y se hayan conservado, pero quién y dónde las dijera sean datos irrelevantes? Tendré que preguntárselo a Geiger, que parece saberlo todo.

## *Miércoles*

A veces sucede también que no recuerdo las palabras. La imagen se conserva en mi mente perfectamente. Así, por ejemplo, veo a un hombre sentado al atardecer. En la habitación ya apenas se ve, aunque no enciende la luz. ¿Estará ahorrando? Mantiene una triste pose inmóvil, con el codo sobre la mesa y la frente apoyada en la palma de la mano con el dedo meñique separado. Pese a la oscuridad puede verse su ropa marrón y descolorida, llena de arrugas; la cara y la mano semejan una mancha blanca. Parece como si estuviera meditando,

aunque en realidad no piensa en nada, solo está descansando. Es posible, incluso, que esté diciendo algo pese a que sus palabras no se oyen. De hecho, para mí, sus palabras no son importantes. ¿Con quién está hablando? ¿Consigo mismo? No sabe que lo estoy mirando, así que, si dice algo, no es a mí. Mueve los labios y mira por la ventana. Las gotas en el cristal reflejan el alumbrado de la calle y las luces de los carruajes brillan a su paso. El ventanillo chirría por el viento.

Hasta ahora solo han venido dos personas a mi habitación: Geiger y Valentina. Un médico y una enfermera. Bueno, en realidad, no necesito a nadie más. Saqué fuerzas de flaqueza, me levanté y me acerqué a la ventana. No se veía ni un alma en el patio y había medio metro de nieve. En una ocasión, agarrándome a la pared, salí de la habitación al pasillo, y apareció de inmediato Valentina, diciendo: “Le han puesto un régimen de reposo, vuelva a la habitación. Un régimen...”.

Por cierto, ambos parecen del antiguo régimen. Geiger, si no llevara bata, sino un traje con chaleco, me recordaría a Chéjov... Llevaba todo el rato pensando a quién me recordaba este hombre. ¡Efectivamente, a Chéjov! Y, además, lleva lentes. Que lleven lentes así y que estén vivos solo conozco a Stanislávski, pero es un hombre del teatro... Sin embargo, yo diría que en la pareja que me está tratando hay algo de teatralidad. Valentina era clavada a una enfermera de las de antes de la Revolución. Año 1914. No sé cómo reaccionarán a este comentario mío porque Geiger, tal y como quedamos, lo va a leer. Al fin y al cabo, fue él mismo quien me pidió que escribiera sin reservas todo lo que notara, recordara o pensara. Así que eso es lo que estoy haciendo.

Hoy se me ha roto la punta del lápiz y se lo he dicho a Valentina. Saca del bolsillo algo parecido a un lápiz y me lo da.

— ¡Qué curioso! —digo—. ¡Un lápiz con una punta metálica, nunca había visto algo así!

Valentina se sonrojó y rápidamente me lo quitó. Me traje después otro. ¿Pero por qué se sonrojaría? Cuando me lleva al servicio y me baja los calzoncillos para ponerme las inyecciones, no se sonroja, y, ahora, por lo del lápiz, sí. La verdad es que en mi vida ahora hay un montón de pequeños misterios que no puedo resolver... Eso sí, ella se sonroja de forma encantadora, ¡hasta las orejas, que son finas y elegantes! Ayer, cuando se le cayó su pañoleta blanca, me quedé admirándolas. Bueno, más bien, admirándola. Valentina se inclinó sobre la lámpara, de espaldas a mí y su oreja de color rosa se transparentaba; me entraron ganas de tocarla pero no me atreví. Y la verdad es que tampoco me quedaban fuerzas.

A veces tengo la extraña sensación de llevar en esta habitación una eternidad. Cuando muevo un poco la mano o el pie, siento dolor en los músculos, y si me levanto sin ayuda, siento las piernas como si fueran de algodón. Sin embargo, la temperatura ha bajado ligeramente: 38,3.

Le pregunto a Geiger:

— ¿Pero qué es lo que me ha sucedido?

— Es usted —me responde— quien tiene que recordarlo, de lo contrario su conciencia será sustituida por la mía. ¿O es que eso es lo que quiere?

Yo mismo no sé si eso es lo que quiero. Puede ser que tenga una conciencia tal que sería mejor sustituirla por otra.

## *Viernes*

Por cierto, volviendo al tema de la conciencia, ayer perdí el conocimiento. Geiger y Valentina se asustaron muchísimo. Al despertarme, vi sus caras tremendamente frustradas, parecía que les daba pena perderme. La verdad es que es agradable cuando, por alguna

u otra razón, alguien te necesita, incluso, si esta razón no es personal, sino, por decirlo de alguna forma, pura filantropía. Ayer Geiger no me devolvió mis hojas en todo el día. Al parecer, tenía miedo de que el día anterior me hubiera sobrecargado excesivamente escribiendo. Estaba acostado, contemplando cómo caían los copos de nieve al otro lado de la ventana y me quedé dormido. Cuando me desperté, los copos seguían cayendo.

Al lado de mi cama estaba sentada Valentina. Con una esponja húmeda me secaba la frente. Sentí ganas de decirle “Bésame en la frente”, pero no lo hice. Porque me la habría secado antes de besarla. Y ya se sabe a quién besan en la frente... Le cogí la mano y no la apartó. Simplemente puso nuestras manos juntas en mi vientre para que no estuvieran en el aire. Su palma cubría mi muñeca como si fuera una casita, así es como enseñan a poner la mano, cuando uno está aprendiendo a tocar el piano. Probablemente también me enseñaron a mí alguna vez, pues conozco estas cosas. Girando mi mano, pasé mi dedo índice por el techo de la casita y sentí cómo se estremeció, se deshizo y quedó extendida sobre mi mano. Sentí su calor.

Échese a mi lado, Valentina —le pedí—. No tengo malos pensamientos y soy completamente inofensivo, ya lo sabe usted. Solo necesito que alguien esté a mi lado. Muy cerca, de lo contrario nunca me calentaré. No puedo explicarlo, pero es así.

Me costó trabajo irme hacia el otro lado de la ancha cama y Valentina se echó a mi lado encima de la manta. No sé por qué, pero estaba seguro de que haría lo que le había pedido. Después inclinó su cabeza hacia la mía. Podía sentir su aroma, una mezcla de ropa planchada, almidonada y blanca como la nieve, y de fragancia de perfume y de piel joven. Compartía esto conmigo y yo apenas podía respirar. Por la puerta entreabierta apareció Geiger, mientras Valentina permanecía tumbada. No se levantó, aunque en seguida advertí que estaba tensa. Probablemente se sonrojó, no pudo evitarlo.

— Muy bien —dijo, sin entrar, Geiger—. Eso es lo que tiene que hacer, descansar.

Una reacción genial, a su estilo.

En realidad, yo no tenía la intención de describir esto porque no me afecta solo a mí, pero ya que lo ha visto todo, pues... Que se entere bien de lo que está pasando —por supuesto, que lo entiende—. Quiero que se repita, por lo menos, unos minutos al día.

## *Domingo*

Al despertarme, recé mentalmente el “Padre nuestro”. Recordé la oración sin vacilar. Los domingos, si no podía ir a la iglesia, solía, por lo menos, rezar en silencio el “Padre nuestro”, moviendo los labios, que el viento húmedo acariciaba. Recuerdo que vivía en una isla, donde ir a misa no era algo normal. No es que estuviera deshabitada, había templos pero no era fácil visitarlos. Los detalles ya los he olvidado.

La iglesia es un lugar alegre, especialmente en la infancia. Cuando era pequeño, me agarraba a la larga falda que mi madre llevaba puesta bajo el abrigo de piel y que arrastraba por el suelo. Cuando le ponía una vela al icono, su falda se levantaba ligeramente, y con ella, mi mano con la manopla. Me cogía con cuidado y me acercaba al icono. Siento sus manos en mi cintura, mis botas de fieltro y cómo mis manoplas se quedan flotando, como si yo volara hacia el icono. Recuerdo cómo reverberaban debajo de mí docenas de velas de colores. Me quedo mirándolas y no puedo apartar mis ojos de ese resplandor. Crepitan, mientras cae la cera, reforzando las extrañas estalactitas. Veo que se me acerca, abriendo los brazos, la Madre de Dios y beso torpemente Su mano, porque no controlo el vuelo, pero, tras besarla, La toco, como es debido, en la frente. Por un momento siento la frescura de Su mano

y empiezo a volar por encima de la iglesia, a través del humo fragante, paso por encima del sacerdote, que está agitando el incensario, y por encima del coro, que entona sus himnos —veo los movimientos lentos del director y sus gestos, marcando las notas altas. Vuelo por encima de la anciana que cuida del candelero y por encima de la gente que llena el templo (que desgasta los pilares), y vuelo junto a las ventanas, tras las que se ve un país cubierto de nieve. ¿Será Rusia? Los efectos de la helada entran a través de la puerta mal cerrada; en el picaporte se aprecia la escarcha. La ranura se ensancha de repente y en el espacio resultante aparece Geiger.

— Doctor, estamos en Rusia ¿no? —pregunto.

— Sí —responde—, puede decirse que sí.

Prepara mi brazo para ponerme el suero.

— Entonces, ¿por qué se llama usted Geiger?

Me mira sorprendido:

— Porque soy un alemán ruso. *Deutschrusse*. ¿Y a usted le preocupaba que estuviéramos en Alemania?

— No, no estaba preocupado. Solo que ahora ya conozco con precisión nuestra ubicación. Hasta hoy, la verdad es que no lo tenía muy claro.

— ¿Y dónde está la enfermera Valentina?

— Hoy se ha tomado el día libre.

Tras ponerme el gotero, Geiger me toma la temperatura. 38,1.

— ¿Y qué? —pregunto— ¿es que no hay más enfermeras?

— Oiga, usted es insaciable.

No necesito a ninguna otra enfermera. Simplemente no entiendo qué tipo de institución cuenta solo con un médico, una enfermera y un paciente. Bueno, en Rusia todo es posible.

En Rusia... debe de estar muy extendida esa frase (pues se conserva incluso en mi destrozada memoria), una *frase* que tiene su propia rima. No sé qué hay detrás de ella, pero la recuerdo.

Ya tengo apuntadas varias frases de origen desconocido que probablemente tengan su propia historia y las digo como si lo hiciera por primera vez. A veces me siento como Adán. O como un niño, porque los niños con frecuencia dicen frases sin saber su significado. En Rusia, todo es posible, ¿verdad? En esta hay una condena o incluso un veredicto. Se siente que hay una especie de desafortunada infinidad que se transforma en algo fatal. ¿En qué medida esta frase se refiere a mí?

Tras pensar un momento, le digo la frase a Geiger y le pido que la valore como alemán. Observo que mueve sus labios y sus cejas como cuando uno está degustando un vino. Toma aire con fuerza, como para responder, pero tras una pausa lo echa también con fuerza. Como alemán, decidió permanecer en silencio, me imagino que para no traumatizarme. Después, me pidió que le mostrara la lengua, lo que, a mi juicio, podría estar justificado a su manera. Mi lengua actúa todavía en gran medida de forma independiente porque pronuncia lo que está acostumbrada a pronunciar, como sucede con las aves que hablan.

Al parecer, Geiger ha entendido todo lo relacionado con mi lengua y me pide que se la enseñe. Cuando lo hago, mueve la cabeza. No le gusta en absoluto. Al acercarse a la puerta, se da la vuelta y dice:

— ¡Ah! Por cierto..., si quiere que la enfermera Valentina se acueste a su lado —incluso, por ejemplo, bajo la misma manta, dígalos, no se corte. Eso es normal.

— Usted sabe que ella no corre peligro.

— Lo sé. Aunque —chasqué los dedos— en Rusia todo es posible ¿verdad?

— En este momento... No todo... Siento esto más que ninguna otra persona.

## *Viernes*

Estos últimos días no tenía fuerzas. Ni hoy tampoco. En mi cabeza, me daba vueltas un extraño: “Aviador Platónov”. ¿Será también una *frase*?

Le pregunto a Geiger:

— Doctor ¿fui aviador?

— Hasta donde yo sé, no...

¿Pero entonces en qué lugar me llamaban aviador? ¿No era en Kuokkala<sup>3</sup>? ¿Seguro que era en Kuokkala! —le grito a Geiger:

— ¿Kuokkala está relacionado con el lugar donde estoy... dónde estamos...? ¿Ha estado en Kuokkala alguna vez, doctor?

— Ahora se llama de otra forma.

— ¿Cómo?

— Bueno, imaginemos que Répino... Lo principal es que anote sus recuerdos.

Los escribiré mañana. Hoy estoy cansado.

## *Sábado*

Recuerdo que estoy con mi primo Seva en el Golfo de Finlandia. Seva es el hijo del hermano de mi madre. Cuando yo era niño, esta explicación de parentesco me resultaba tremendamente complicada. Todavía hoy tengo problemas para pronunciarlo de un tirón, primo ya me sale mejor y, por supuesto, lo más sencillo para mí es decir Seva. Los padres de Seva tienen una casa en Kuokkala.

---

<sup>3</sup> *N.T.*: Aldea rusa, actual Répino, en la región de San Petersburgo. Hasta 1948 se denominaba Kuokkala.

Estamos volando una cometa. Corremos por la playa. A veces rozamos el agua con los pies descalzos y las gotas de agua brillan al sol de la tarde. Imaginamos que somos aviadores y que volamos juntos: Seva está sentado en el asiento trasero y yo, en el delantero.

Allí arriba, en el frío cielo, no hay nada y uno se siente solo, pero nuestra amistad nos da calor. Si morimos, lo haremos juntos, y eso une mucho. Tratamos de hablar... pero nuestras palabras se las lleva el viento. ¡Aviador Platónov! —grita Seva desde atrás.

— ¡Aviador Platónov! ¡Rumbo a la localidad de Kuokkala!

No entiendo por qué Seva se dirige tan ceremoniosamente a su colega. Tal vez, para que Platónov no olvide que es aviador. Su fina voz —y así fue como se le quedó toda la vida— se expande por toda la localidad sobre la que volamos. A veces se mezcla con los graznidos de las gaviotas, de los que apenas se puede distinguir. La verdad es que me molesta mucho pero, cuando contemplo su rostro radiante de felicidad, no tengo fuerzas para pedirle que se calle. De hecho, gracias a su extraño timbre de pájaro, siempre he recordado su voz.

Antes de acostarnos nos dan leche caliente con miel. La verdad es que no me gusta la leche caliente, pero después de un vuelo sobre el Golfo, con el viento de cara, uno no está como para rechazarla. Seva y yo, a pesar de que aún no se ha enfriado, nos bebemos la leche a grandes sorbos. La trae una lechera finlandesa y está realmente deliciosa, sobre todo cuando no está caliente. La finlandesa elogia a su vaca, mezclando palabras del ruso y del finés. Me imagino que la vaca se parecerá a la misma lechera: enorme, tranquilona, con ojos ampliamente separados y unas ubres prietas.

Seva y yo nos imaginamos que estamos en una torreta. Permite una visión circular (por detrás está el bosque y por delante, el mar), que para los aviadores experimentados es esencial. En cualquier momento se puede vislumbrar el tiempo: si hay niebla sobre el mar, probabilidad de lluvia, si el cielo está aborregado y el viento

balancea las copas de los pinos, se avecina tormenta. Tanto los pinos como las olas cambian de aspecto con el crepúsculo de las noches blancas, cuando no es que parezcan una amenaza, sino que simplemente pierden su aspecto apacible que tienen de día. Como ocurre, por ejemplo, cuando ves a una persona sonriente que de repente se queda pensativa y te empiezas a preocupar.

— ¿Estás dormido ya? —me pregunta Seva en voz baja.

— No —le respondo— pero estoy a punto.

— Acabo de ver a un gigante al otro lado de la ventana —Seva señala una de las que dan al mar.

Es un pino. Duérmete. A los pocos minutos, se escucha el resoplido de Seva. Miro a la ventana que había señalado él. Y veo a un gigante.

## *Lunes*

El lunes es un día duro... Otra *frase* más que habita en mi pobre cabeza. Me pregunto si todavía quedan muchas en ella. La gente y los acontecimientos importantes ya han desaparecido pero las palabras sí que permanecen, aquí siguen. Probablemente, las palabras sean lo último que desaparece, especialmente, las que han sido escritas. Parece que Geiger no termina de entender qué idea tan profunda es la de escribir. ¿Puede que las palabras se conviertan en ese hilo del que, al tirar, se pueda un día descubrir todo lo que sucedió? No solo conmigo, sino todo lo que pasó. Es un día complicado... Aunque siento una especie de liviandad, incluso, algo de alegría porque espero ver a Valentina. Traté de levantarme y la cabeza me daba vueltas, la liviandad desapareció. Aunque la alegría, no.

Al entrar Valentina, me dio una palmadita en la mejilla, que me encantó. Emanan de ella maravillosas fragancias completamente

desconocidas para mí. ¿Será el perfume o el jabón? ¿O será su aroma natural? Me daba cosa preguntar y, además, no era necesario. En todo debe haber siempre un secreto y, más aún, en una mujer... Parece que esta es otra de esas *frases*. ¡Se nota que es una de *ellas*!

Aquí hay otra más: “El calor se transmite rápidamente por el metal”. Esta me encanta. Quizá no sea muy conocida pero es una de las primeras que oí. Estoy sentado sin saber dónde ni con quién. Remuevo el té con una cucharilla. Tengo unos cinco años, creo, no más, estoy sentado en un cojín encima de una silla (porque no llego a la mesa). Remuevo el té como un adulto. El vaso está en un posavasos y la cuchara quema. Remuevo con ella el té, haciendo ruido en el vaso. Me soplo los dedos. “El calor se transmite rápidamente por el metal” suena como una voz agradable. Es una frase hermosa e incluso científica. Yo la repetía en casos similares hasta los doce años.

No, pero eso no es lo más antiguo que recuerdo.

— “Camina sin miedo”. Estas son las primeras palabras que recuerdo en mi vida. Entramos en la casa de alguien en Navidad. En las escaleras hay un oso disecado, apoyado sobre sus patas traseras, en las delanteras sostiene una bandeja.

— ¿Y para qué tiene una bandeja? —pregunto.

— Para las tarjetas de visita —responde mi padre.

Por un momento introduzco mis dedos en la tupida piel del oso y pregunto, mientras subimos por unas escaleras de mármol: ¿para qué necesita un oso tarjetas de visita? y ¿qué son las tarjetas de visita? Repito varias veces estas dos palabras. Tropiezo, pero me agarro a la mano de mi padre. Tambaleándome, veo una alfombra estrecha sobre el mármol, fijada con sujeciones doradas, ligeramente sesgada hacia los lados y que se mueve al pisarla. La cara de mi padre está sonriente. Entramos en una habitación con mucha luz, donde alrededor de un abeto de Navidad hay un corro. Mis manos están pegajosas por el sudor de la persona a la que estoy agarrado, me

da asco, pero no puedo ni soltarme ni escaparme del corro. Alguien dice que soy el más pequeño (ya estamos sentados en las sillas alrededor del árbol de Navidad), se ha enterado de que sé recitar poesía y me pide que lo haga. Todos se suman a su petición con entusiasmo. Junto a mí hay un anciano con un uniforme viejo y lleno de medallas bajo una barba de dos colas.

— Es —dicen— Terenti Osípovich Dobrosklónov.

Desde donde estoy puedo contemplarlo en silencio. Está de pie, apoyándose en un bastón, y ligeramente inclinado hacia un lado, tanto que da la impresión de que estuviera a punto de caerse, pero se mantiene.

— Camina sin miedo —me aconseja Terenti Osípovich.

Salgo huyendo para evitar recitar, atravesando habitaciones, con la cabeza baja y los brazos levantados, viendo mi reflejo en los espejos y en los armarios. Resuena la vajilla al pasar. En la última habitación consigue agarrarme una cocinera gorda, que, apretándome contra su delantal (con un nauseabundo olor a cocina), me lleva con solemnidad de nuevo a la sala y me deja en el suelo.

— Camina sin miedo —se oye una segunda indicación de Terenti Osípovich.

Yo, incluso no voy andando sino que salgo volando, me subo con esfuerzo a una silla vienesa y leo un poema a los que están allí. Me acuerdo perfectamente, era un poema pequeño... Recibo un estruendo de aplausos más un peluche como regalo. ¿Pero de quién era ese poema? Feliz, me abro paso entre la multitud de fans, dándole las gracias con una mirada a los responsables de mi éxito: a la cocinera y a Terenti Osípovich, cuyas palabras me inspiraron.

Ya te lo he dicho —me repite, mientras desliza su mano por los dos colas de su barba—. Camina sin miedo.

En mi vida no siempre lo logré.